

In Memoriam

22.02.2023

MIÉRCOLES - ASTEAZKENA

XXIII. ANIVERSARIO  
URTEURRENA

Fernando Buesa Blanco  
Jorge Díez Elorza



RECONOCER  
PARA  
RECONOCERNOS

GOGOAN  
HARTUZ,  
JABETU



## XXIII In Memoriam

22 de febrero de 2023

### Intervención de Sara Buesa

Vicepresidenta de la Fundación Fernando Buesa Blanco Fundazioa

La vida se teje de pequeñas cosas que nos conectan y nos llenan de sentido:

- El olor de una flor. La caricia del sol. El hayedo en otoño. El cielo azul en un día de invierno.
- Correr por los caminos. Ir al monte con los bastones de aita y ama.
- La ducha reparadora al final de un día agotador. Las conversaciones en torno a un café. Los abrazos envolventes, como los de aita.
- La cerveza de los viernes. Las risas con amigos. Poner música en la cocina y bailar. Cantar al son de la guitarra de aita.
- Contemplar un cielo estrellado. Las noches de verano. Que lleguen las vacaciones y elegir libros para leer, como hacía con aita.
- Jugar con los niños. Los encuentros familiares. Disfrutar de una buena comida y un buen vino, como lo haría aita. Y brindar: “¡Por la vida!”

La vida, preciosa e intensa, llena de color, vínculos y afectos. La vida que sigue adelante y se abre paso a pesar de todo. A veces bonita, a veces dura, pero siempre vida.

Una vida, mi vida, que lleno con proyectos e ilusiones y que transito con amor, apreciando lo que tengo, disfrutando de mis seres queridos, creciendo y evolucionando.

Una vida, al mismo tiempo, marcada por el zarpazo de la violencia. Por mucho que pasen los años, el daño permanece, profundo e irreparable. Sigue intacto lo que amé de aita. El recuerdo de nuestros últimos momentos juntos. El desgarró por su vida arrebatada. La huella de su ausencia.

La herida que llevo conmigo es un abismo, en el que habita el dolor y un vacío interior que acecha esperando a que baje la guardia para hacerse notar.

Cada 22 de febrero me asomo al abismo y respiro el vértigo. El tiempo se detiene y me transporto a aquel martes lluvioso de febrero. Es una fecha grabada para siempre por el asesinato de aita y Jorge.

¿Sabéis que, de los 365 días del año, 318 están señalados por asesinatos terroristas? Es un calendario negro del terror, en el que cada día es un recordatorio de vidas segadas de forma violenta e injusta; de sueños y proyectos de vida truncados; de personas con padres y madres, con hijos, familia y amistades que reviven su muerte y lloran su pérdida.

Muchas víctimas, además, no han tenido verdad y justicia. Hay más de 300 asesinatos de ETA sin resolver. También víctimas del GAL que no han tenido acceso a una justicia efectiva y cuyos crímenes continúan sin esclarecer.

¿Qué pasó? ¿Cómo, de qué manera exactamente? ¿Quién lo ordenó y quién lo hizo?, ¿Cómo fueron los últimos momentos de su vida, sufrió...? Quienes le asesinaron, ¿Dónde están? ¿Estarán viviendo una

vida normal, disfrutando de sus seres queridos? Hay preguntas desgarradoras que en muchos casos no tienen respuesta y atormentan la vida de muchas personas.

Todas esas preguntas interpelan a los detalles crudos de historias concretas. A la frialdad del tiro en la nuca. A la inhumanidad del secuestro y la tortura. A la crueldad que se plasmaba en la vida cotidiana de tantas personas que miraban debajo del coche todas las mañanas, vivían escoltadas, veían su nombre pintado dentro de una diana, recibían insultos y llamadas amenazantes “te vamos a matar”. Personas a las que les quemaron el coche o destrozaron sus negocios. Que veían cómo la violencia invadía los rincones más personales de su existencia y convivían a diario con el miedo y la conciencia de su posible muerte. Y todo ello ante el desprecio, la indiferencia o el silencio de muchos de sus convecinos.

Dice Joseba Eceolaza que en los detalles está la verdad del horror que vivimos. En los detalles el terrorismo pierde todo halo de romanticismo y de épica. Y sólo queda frente al espejo la violencia desnuda. La falta de compasión extrema y la deshumanización más profunda. El trauma.

La dimensión y la profundidad del daño que arrastramos es inmensa. Es un peso que lastra nuestra identidad, nuestra convivencia y el futuro para nuestros hijos.

La verdad siempre está ahí, la veamos o no, la elijamos o no. Nos espera eternamente.

No podemos ignorarla. El conjunto de la sociedad tiene una deuda con las víctimas y un deber de reparar todo ese daño del que se fue parte o testigo.

En las vivencias de todas las personas que hemos convivido con el terrorismo durante décadas, hay fragmentos de verdad, infinidad de relatos que pueden ayudar a tejer nuestra memoria.

Solo nosotros, que lo hemos vivido, podemos poner palabras y emociones a nuestra historia y transmitirla. El tiempo de contar y de vivir nuestro duelo es ahora.

Una verdad construida de forma interesada sobre un relato político o ideológico, sin elementos éticos y compasivos es un fraude.

La búsqueda de la verdad es un camino que debemos recorrer con mente abierta, corazón abierto y voluntad abierta. Implica cultivar nuestra sensibilidad para conectar con el sufrimiento (el nuestro y el que existe a nuestro alrededor), y también estar dispuestas a movilizarnos para hacer algo por aliviarlo.

La clave es tomar conciencia de la humanidad que compartimos.

Euskadi es un país muy pequeño. Si habláramos entre cualquiera de nosotros durante 5 minutos descubriríamos conexiones, lugares y personas en común.

La historia del terrorismo se escribió en los portales, en las calles por las que paseamos, en los parques y en las plazas en las que nos encontramos. En nuestra tierra doliente hay trazada una cartografía de sangre y fuego. Es una historia fraguada entre vecinos, familiares, compañeros de trabajo y de cuadrilla.

Todos estamos interrelacionados. Nos unen vínculos afectivos, en ocasiones positivos, otros dolorosos, pero todos ellos son vínculos de interdependencia.

Estamos hechos de retazos. Pedacitos coloridos de cada vida que pasa por la nuestra y que vamos cosiendo en el alma. No siempre son bonitos, ni siempre felices, pero nos hacen ser quienes somos. Pienso que es así como la vida se hace: de pedazos de otras gentes que se van convirtiendo en parte de la gente también.

Aunque cada uno somos dueños de nuestra vida y elegimos nuestro camino, nuestro destino y el de nuestra convivencia es compartido.

Las personas que asesinaron a Aita y Jorge no condicionan mi ser, mi sentir ni mi forma de estar en el mundo. Pero de alguna manera al matar a Aita unieron su destino al mío. Hay un nudo de dolor en mi interior que sólo ellos podrían deshacer. Y ellos, aunque no lo quieran, llevan consigo la marca de la sangre de mi familia. Su redención pasa por nuestra reparación.

Este entuerto sólo podrá resolverse desde lo humano.

Yo no les considero monstruos, ni tan siquiera enemigos. Sino personas, tal como yo, con vivencias distintas, con ideas profundamente equivocadas que les llevaron a deshumanizar su mirada y a llegar a matar a otras personas por ellas.

A veces me pregunto: ¿Pensarán ellos o sus familias alguna vez en Aita y en Jorge, en nosotros? ¿Qué lectura harán después de todos estos años de lo que hicieron, se sentirán orgullosos? ¿Serán conscientes del daño que nos causaron? ¿Y qué se les moverá por dentro al pensarlo?

Anhelo encontrar en ellos cualquier rastro de humanidad, una muestra de empatía, un mensaje de rectificación, un gesto de arrepentimiento... Algo que, más allá de las palabras impersonales y medidas, llegue desde la cercanía emocional, que sea honesto, que sea de verdad.

Desprenderse de las semillas de odio, desmontar los prejuicios y rehumanizar la mirada hacia el otro, exige colocarse frente al espejo, mirarse, descubrirse y estar dispuesto a cuestionar los propios ideales.

Reconocerse para reconocer al otro.

Necesitamos ser personas capaces de ver más allá de nuestro reflejo en el espejo. Desarrollar una mirada atenta, que nos permita trascender a las ideas y los prejuicios y ver a las personas. Reconocernos los unos en los otros.

Sueño con una comunidad vasca que afronte su historia, se mire en las víctimas y se haga consciente de la destrucción y el sufrimiento causados por el terror. Una comunidad compasiva que se comprometa

a aprender formas de proteger nuestra vida en común. Una comunidad integradora que tenga en cuenta a todas las personas para construir un proyecto de país y de convivencia.

Gure ispiluak ematen duen islatik haratago ikusteko gai izan behar dugu. Eta gauza izan besteenganako begirada arretatsu bat garatzeko. Elkar ezagutu eta gogoan hartu behar dugu. Izuak eragindako suntsipenaz eta sufrimenduaz jabetu.

Eraiki dezagun elkarrekin euskal komunitate errukior hori, bere historiari aurre egin eta, hortik abiatuta, gure bizitza komuna babesteko bideak sortzeko konpromisoa har dezan, herri eta bizikidetzaren proiektu integratzaile batean.



**@Fundacion\_Buesa**  
**#InMemoriamXXIII**